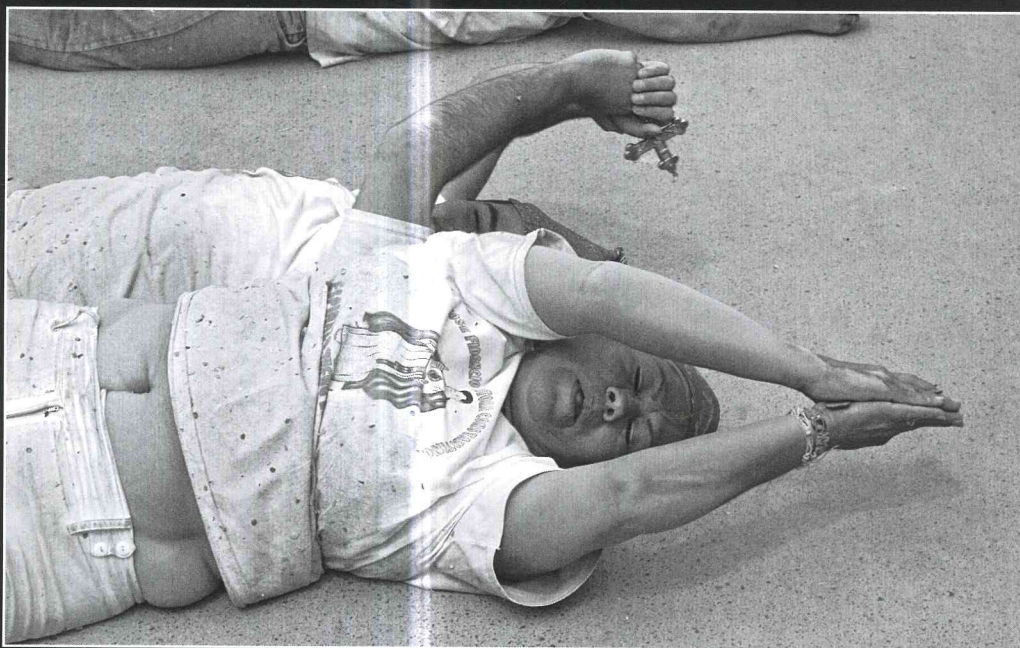




Rodando es una forma de pagar la manda. Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com

Y continúa la polémica. Unidad y diversidad en Mesoamérica

Saúl Millán*

Hacia mediados de noviembre, cuando Alfredo López Austin me propuso discutir algunas ideas que para entonces había expresado en distintos foros,¹ el debate parecía centrarse en un terreno común que interesa por igual a etnógrafos e historiadores. Acaso por comodidad intelectual, elegimos un tema vago y poco novedoso en el horizonte de la antropología mexicana, cuya trayectoria ha girado en parte sobre la posible unidad cultural de una región tan extensa y diversa como es Mesoamérica. Si bien era evidente que el asunto corría el riesgo de la reiteración, trayendo a cuento viejas polémicas que nunca llegaron a zanjarse plenamente, no por ello resultaba forzosamente ocioso. En la medida en que los cambios de paradigma implican a menudo la relectura de antiguas aproximaciones, las empresas antropológicas suelen estar sujetas a un desplazamiento de los centros de interés y a una transformación continua de sus problemáticas que les impide

ser simplemente acumulativas. De ahí que el interés inicial no consistiera en reproducir los términos de una polémica que ya había medido sus alcances entre arqueólogos e historiadores, acostumbrados a debatir el concepto de Mesoamérica y sus posibles fronteras, sino en examinar las posibilidades de dos disciplinas, como la historia y la etnografía, que se interesan por la unidad y la diferencia del mundo indígena que tienen a su alcance.

¿Cuál es, entonces, la naturaleza del nuevo debate? En primer lugar, es necesario coincidir con la observación que nos hace Pedro Pitarch desde las primeras líneas de su contribución, en el sentido de que una polémica de estas características lleva implícita "la percepción, cada vez más extendida, de que algunas de las dificultades que experimenta la etnografía mesoamericana guardan relación con la 'dependencia' que muestra ésta respecto de los estudios prehispánicos". Esa percepción, en efecto,

*El doctor Saúl Millán es profesor-investigador de la Escuela Nacional de Antropología e Historia del INAH.

¹ Me refiero, en específico, a los trabajos titulados "Cuerpos y ofrendas: la dimensión simbólica de una jerarquía indígena" y "Sintaxis y semántica en los rituales indígenas contemporáneos", presentados en el 52 Congreso Internacional de Americanistas y el VI Coloquio Paul Kichhoff, respectivamente.

no es ilusoria. En buena medida, deriva de la inclinación que muestran algunos estudios etnográficos a subrayar la dependencia de las culturas indígenas hacia el mundo prehispánico, en detrimento de la descripción cultural y de la comprensión de los conceptos indígenas contemporáneos. Interesada en la continuidad, que constituye una de las modalidades de la concepción unitaria, la historia del mundo prehispánico parece ejercer un enorme esfuerzo de reducción sobre su objeto de estudio, a fin de estabilizar un "canon" cultural que la etnografía no reconoce como tal. El resultado, como advierte Pitarch, es una disciplina que tiende a producir versiones canónicas y se aleja en esa medida de la descripción etnográfica, acostumbrada por el contrario a la enorme inestabilidad de los materiales orales y a la dificultad de constituirse en el modelo canónico de sí misma.

En la contribución que hoy nos ofrece, Andrés Medina advierte con razón que el debate en curso abre nuevamente la discusión hacia las relaciones que se tienden entre la historia y la etnografía. Sin duda, esta es una de las múltiples aristas que encierra una polémica centrada en la unidad y la diversidad, ya que en ella se juega "la explicación de los cambios y de las continuidades en la cultura de los pueblos indios", como anota Medina. No puedo dejar de señalar, sin embargo, que hay algo paradójico en el hecho de que una disciplina como la historia, abocada tradicionalmente a examinar los cambios y las transformaciones, tome en este caso el partido de las semejanzas y las continuidades, mientras su contraparte etnográfica se encuentre por el contrario interesada en las rupturas y las discontinuidades. En otro escenario, sin duda, los papeles estarían invertidos. Pero, a pesar de las mejores intenciones de todos aquellos que empleamos el término por comodidad analítica, es necesario reconocer que la construcción de Mesoamérica como objeto de estudio no puede ser ajena a esa vocación nacionalista que caracterizó a la antropología de principios de siglo. No se trata, en este caso, de la contribución ciega a una política nacionalista que resulta actualmente inexistente, sino del peso absoluto o relativo que el discurso unitario imprimió en la antropología nacional, enfocando su óptica hacia temas o problemáticas que respondieron en su momento a una política de Estado. De ahí que resulte conveniente aclarar, a fin de evitar malentendidos, que el actual debate no se libra en términos de una alternativa

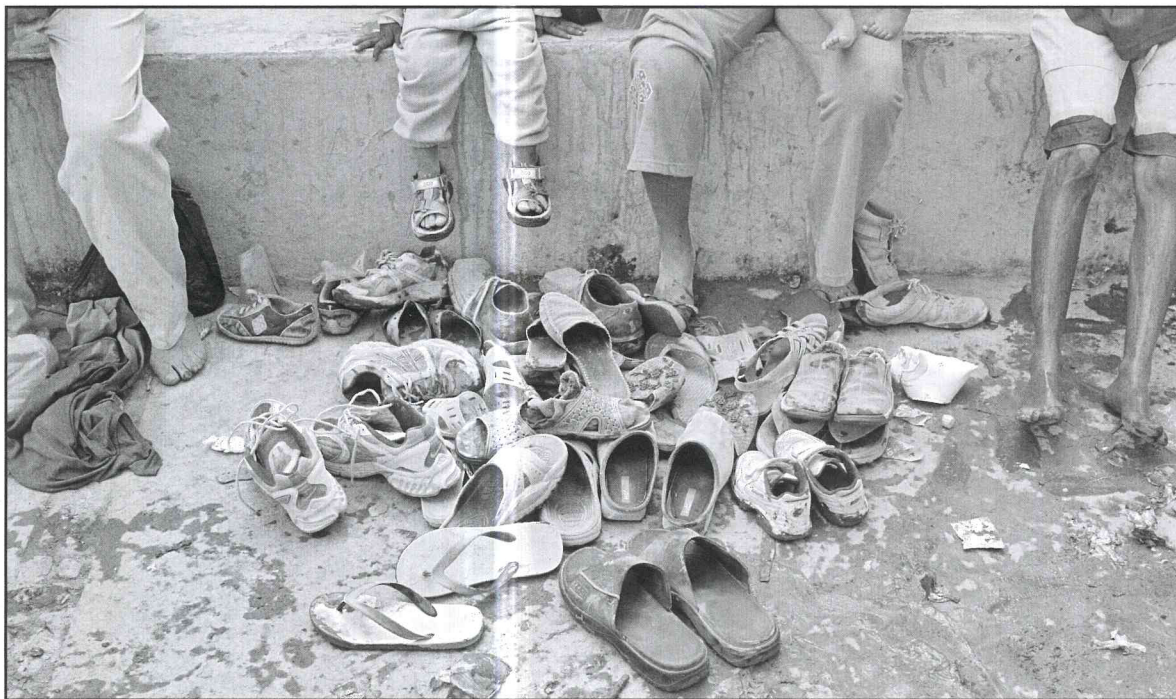
que opone a la etnografía y a la historia como si estas fueran disciplinas antagónicas, sino entre dos disciplinas que comienzan a deshacerse de la camisa de fuerza impuesta por la visión unitaria del nacionalismo. "Las formas posibles de hacer historia -nos dice Marina Alonso en el artículo que incluimos- no pasan por la búsqueda de continuidades, porque ésta siempre termina bajo una prospección ideológica, relacionada con el poder, que no produce conocimiento en la medida que yuxtapone el pasado y el presente. Así se crean los anacronismos".

Al reconocer que un acontecimiento es una relación entre algo que pasa y una pauta de significación que le es subyacente, la historia ha aprendido de la etnografía el valor analítico del término *cultura*. Pero este aprendizaje debería de llevar a su vez el reconocimiento implícito de que una cultura sólo



Rodando en el suelo rumbo a la tumba de Fidencio.
Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com

² Chance, John K., *La conquista de la sierra: españoles e indígenas en la época de la Colonia*, México, Instituto de Cultura Oaxaqueño, 1998, p. 76.

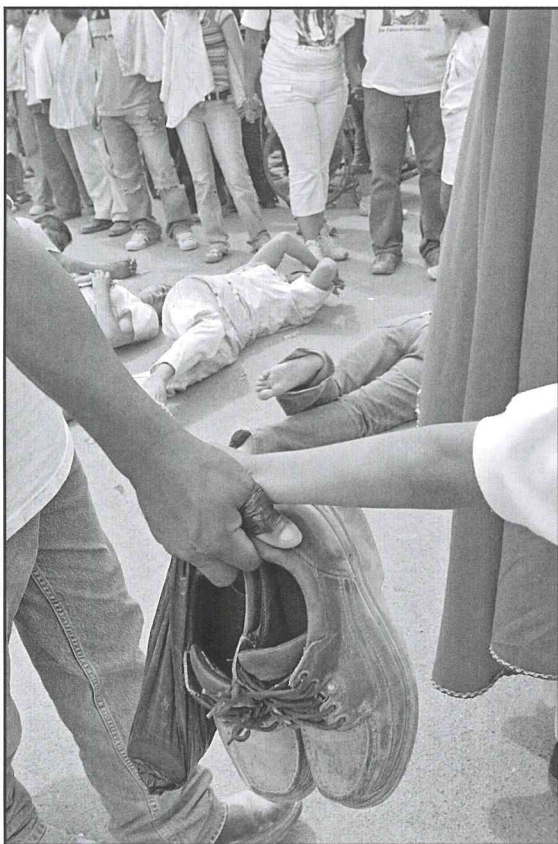


Los zapatos de los que entran en el *charquito*. Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com

se cristaliza cuando se distingue de otra. Tal vez, lo que el etnógrafo exija del historiador no sea otra cosa que un respeto más acentuado hacia las formaciones diversas, lejos a los cánones unitarios, donde el devenir encuentra nuevas maneras de ramificarse. En su último trabajo sobre Oaxaca, por ejemplo, John Chance señala que una de las cosas más importantes que han aprendido los historiadores de Mesoamérica en los últimos años ha sido la de tener un enorme respeto a la diversidad: "incluso en regiones que anteriormente fueron tratadas como culturalmente homogéneas, se ha vuelto evidente que los patrones de una comunidad pueden no ser aplicables a otras localidades que se ubican a poca distancia".² Aunque ha sido formulado por un historiador, este precepto podría ser asumido plenamente por los etnógrafos contemporáneos, quienes se enfrentan constantemente a pueblos y sociedades que abogan por su singularidad y encuentran en la diferencia un valor sociológico importante.

No he pretendido aquí agotar las salidas de un debate que, en la medida en que se incorporen nuevas contribuciones, habrá de trazar nuevas rutas de reflexión hacia temas y problemáticas que le son inherentes. Creo, sin embargo, que los trabajos de Pedro Pitarch, Marina Alonso y Andrés Medina, obligan a pensar sobre una de sus salidas posibles, como es la relación entre la etnografía y la historia. El lector advertirá que otras aristas, otras ópticas y otros ángulos, están a vez presentes en sus valiosas contribuciones. Todas ellas demuestran que el

valor intelectual de un argumento no depende solamente de su validez, sino también de la diferencia que propone frente a las unidades conceptuales de antaño.



Una valla para los que pagan sus mandas. Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com



La *materia* o *cajita* cura mientras una persona en proceso de sanación. Foto: Pedro Valtierra/cuartoscuro.com